

CARA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

escrito
en carnaval

EL celo del Carnaval es, como la vesta de los arlequines, multicolor y abigarrado. Ha habido este año crepúsculos carnalescos que eran como el anticipo público del disfraz. Pocos son los colores que puedan aventajar en el baile a la gama y el hechizo que se pintan sobre el poniente, del lado de Terramar, mientras un sordo y fatigoso oleaje escupe sobre la arena la espuma blanca. En las calles del viejo pueblo se presagia entonces el brusco alibi vital. Se pueblan las tabernas y se encienden las luces y se escucha un guirigay oculto, que viene de los patios interiores; asoma por la calle la cara interrogante —blanco y luto— del primer Pierrot.

Yo quiero todas las veces comprobar que la vieja tradición no está muerta y que, para la desbordada alegría y para el apócrifo lucimiento, las fechas de hoy son como las de hace doscientos años. El pueblo entero se enfebreció, bebió en el porrón de la noche la antigua sabiduría ática y el delirio veneciano. Se dice de Venecia que es la máscara de Italia porque su Carnaval es como un tambaleante escabel de Polichinela. En Venecia todo es Carnaval: sus canales y sus luces, la palpitación de sus palacios en el agua, la canción de sus gondoleros y el vuelo de sus gaviotas. Lord Byron fue ya en ella el primer grandioso arlequín del mundo moderno, con un laúd sensible y parlante que estaba lleno de arrogancia y de tristeza. La gran noche veneciana se pone llena de estrellas y es el manto de un mago que pasa por el mundo arrastrando a los que estamos en él.

Aquí, junto al Mediterráneo, en este literal que es tan mío, la individualidad de las máscaras se reconoce por lo que vive en lo más profundo de la pupila. El secreto del Carnaval está en el fondo de los ojos. Hay un destello increíble que todo el año late innecesariamente en lo más hondo de la mirada humana. Pero bajo el antifaz, ese destello es lo único que existe, la púdica razón del alma. Hay miradas tristes que nunca se advirtieron, y voces de auxilio que no son socorridas y que en la plenitud del Carnaval van al encuentro de otro destello solitario que estaba clamando por quedar absorbido.

la máscara y el rostro

¿Quién podría llegar a explicar cabalmente el antiguo mito y el equívoco aturdirador de la máscara y el rostro? Oscar Wilde sabría quizá arrancar la lámina pequeña que nos disimula y que nos equivoca. Ya vamos el resto del año con la mentira puesta. En muchos de nosotros hay una tendencia paciente y tenaz a mantener arrogante una simulación. Así nos queda para siempre el otro yo por encima del que hubiéramos sido, hasta ser del todo.

¿Será ese otro yo el que intentan extirpar de la vida los inconformistas, los ideólogos de blusón «noir», los fetiches con barbas de la sociedad que asomó después de la guerra? Si así fuera, el ser humano reinventado tampoco tendría nada que ver

con el original. Separar la máscara del rostro no es función de ellos. Sería función de quienes pudieran de verdad devolver al hombre su catadura original. Pero, ¿dónde queda ésta?

Yo he abierto ahora una carpeta antigua y he encontrado allí una fotografía vieja de hace sólo diez o quince años. Mi máscara está ante el espejo; el inadvertible paso de los días se marca en cada una de las zonas de mi rostro. La preocupación no es envejecer, la cuestión está en no hacerlo inútilmente. Cada una de las fisuras y de los rasgos heridos por el tiempo en mi faz ha ido asomando a la superficie desde dentro. Y es dentro de mí, justamente, donde se produce el dramático desajuste de la máscara y el rostro.

recuerdo de un baile

Cuando yo entré en el gran teatro del Liceo de Barcelona el martes de Carnaval del año 1935 no sospechaba que en realidad el festejo iba a clausurar un ciclo muy grande. Los bailes de Carnaval en mi ciudad estaban en los entresijos de la sociedad misma desde el siglo XVIII o aún antes. Los del Liceo correspondían a una tradición brillante desde la construcción del gran teatro, en el siglo pasado. La mudanza social y de las costumbres había sido muy grande, pero en esos bailes, cuyo cenit se puede situar en los años de la Primera Guerra, se mantenía el tono inicial. Las primeras horas de la noche resultaban morigeradas y familiares para dar paso, de madrugada, en la hora del resopón, al más delirante frenesí.

Íbamos tres: una muchacha y dos amigos. Descendimos por las Ramblas a pie, sin rubor de nues-

la máscara griega

Pero en este Carnaval de ahora yo quisiera estar en la máscara griega, hecha de llanto y de ira, de dolor y de pasiones vivas. Reinventar el dolor es descubrir de nuevo el Mediterráneo. El dolor es griego y su conclusión, cristiana. La tragedia exaltaba a los pueblos de la Hélade, ante el mar de los dioses. Disfrazarse de dolor es ahora, como entonces, dominar al mundo.

Por eso nos sorprende y nos produce una incómoda extrañeza contemplar, a través de las imágenes cinematográficas, la juega estafalaria de determinados carnavales, especialmente el famoso Carnaval de Río. La mentira histórica, desbordada en las masas, es una necesidad telúrica; tal vez sea una necesidad inevitable e incluso folklórica. Mas en ese Carnaval de hoy yo vuelvo con ganas a la máscara griega.

Puesto en ella por un instante yo me siento re-

tros disfraces. El mío había sido improvisado apresuradamente en la jornada; consistía en una sábana que me cubría el cuerpo —a la que se le había hecho un agujero en el centro para que pasara la cabeza—, un «salakoff» de explorador que había encontrado en un armario, un paraguas y unas barbas postizas. Descendimos por las Ramblas barcelonesas con pausa; yo llevaba abierto mi paraguas, aunque la noche era clara. Yo era el Negus de Abisinia, hoy restaurado felizmente en el poder. La circunstancia bélica de aquellos días había entronizado en la popularidad a la figura cetrina del emperador, del rey de reyes, descendiente —según creo— de Salomón. Al entrar en el gran teatro otro Negus me abrazó. A medida que paseaba por los pasillos y los salones del gran teatro advertía, no sin cierta esquividad, que el más numeroso de los personajes fingidos en aquel Carnaval era precisamente el que me sirvió a mí de simulacro. Hecho el recuento, resultamos ser cerca de cuarenta Negus de todas las edades, estamentos y estaturas. A todos nos hicieron una fotografía colectiva, que apareció en las páginas de algún rotativo, al día siguiente.

El Carnaval se desliza en la caricatura. Todos sabemos cuáles son los mitos directos de Carnaval. Son esas figuras del teatro, del arte, del «teatrino», Colombina, Polichinela, Pierrot... El Carnaval podría ser —y era— un gran parainfo de amor sobre la escena de la vida; podría transportarnos, por unos días, a las elementalidades de la pantomima. Cuando Pierrot se inclina ante Colombina, cuando llora desdichadamente ante los desplantes y las tratadas de Polichinela, ¿no repite acaso los movimientos furtivos de la vida humana, los desconocidos o incógnitos alicientes de nuestro íntimo y delicado soliloquio?

vivir en la raíz del ser humano. Bajo esa máscara, cada uno de nosotros es capaz de contener el alma de la Historia. Ahí, dentro de mí, está el Ulises navegante y perdido, difuso en el mar más cálido del mundo. El valeroso Aquiles despierta de su sueño y guerra con amor. Una nostalgia viva se contiene entonces bajo la máscara, una nostalgia de viento en los acantilados, de huracanes y silbos en las quebradas. Así pasaba también la vida por el corazón de aquellos hombres.

Y ahora no pasa así. Sólo, a veces, un imprevisto huracán balbuceante, un silbo helado perfora nuestro corazón. Sólo entonces sentimos el clamor de la vida en nuestra propia carnadura. Nuestro andamiaje mental, hecho para las singularidades de la obra urbana y apacible de nuestro contorno, se tambalea un instante. Entonces sabemos por dentro que, como la tierra y la piedra, podemos ser heridos. Entonces sentimos que nuestra carnadura puede ser hendida por la quilla de una nave, como si fuera mar.